

La revolución española tiene un alcance general que se enlaza con la evolución y el porvenir de los pueblos afines de América, en el plano superior de la indispensable reacción de salud que hay que provocar en el organismo colectivo.

La Monarquía sacrificó sistemáticamente a cuantos persiguieron el enaltecimiento del conjunto. Nada noble, nada grande pudo levantarse sin que lo sofocase el egoísmo, la avidez, la suspicacia de la corona. Todos los valores fueron estrangulados implacablemente. El interés dinástico se vistió de pasión religiosa, de patriotismo afónico, de verdad científica, de incorruptible moral, de cuanto pudo parecer respetable, para disimular el móvil subalterno; pero fué el interés dinástico, y nada más que el interés dinástico, lo que arrasó la historia de la nación, crucificando a Cristo en todas las vidas puras, desde Colón y Cervantes hasta Isaac Peral y Joaquín Costa.

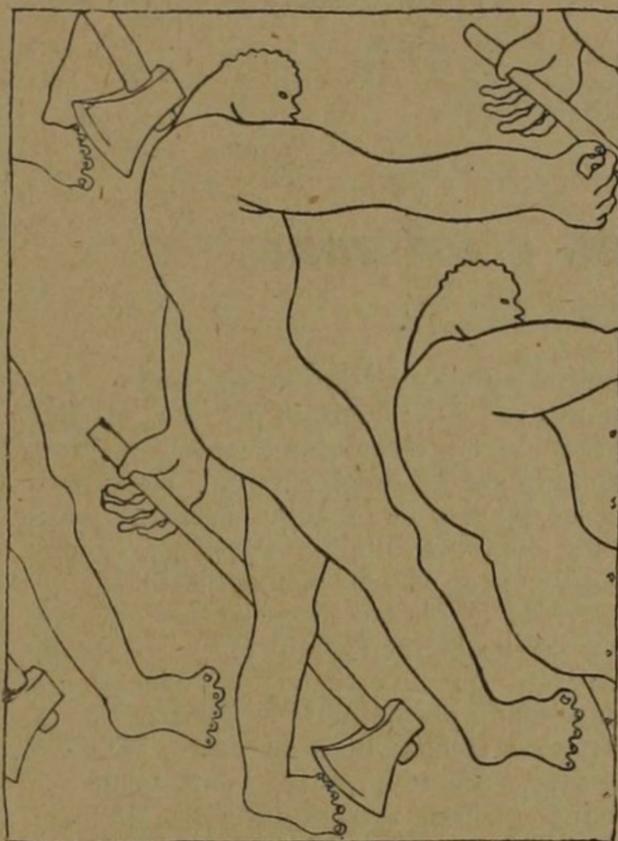
Se ha hablado injustamente de ocaso, y hasta de agonía nacional, para explicar la disminución de fuerza y de prestigio que sufrió la bandera ibérica onnipotente en otros tiempos. Yo he sostenido siempre que el pueblo estaba intacto. Fué el estancamiento de las instituciones lo que se reflejó en inmovilidad sobre España. Los males vinieron, en conjunto, de la subordinación de los intereses cuantiosos al auge de una corona que nunca sirvió los ideales colectivos, sino los propios, o, cuando más, los de una clientela exigua.

Por eso es que siempre he protestado en América cuando, censurando nuestros yerros, los han atribuido algunos a la herencia española. Los que se lamentan de su origen son, a mi juicio, prófugos de la nacionalidad y malos conocedores de su propia historia. Aquilatando fríamente los hechos, no se halla un solo indicio de una inferioridad intrínseca del español. Este ha conservado, individualmente, la eficacia social de los mejores tiempos.

La prueba está al alcance de todos. Hasta el infinito se repite diariamente la aventura del peninsular que salió pobre y desconocido de su aldea y escaló en nuestras Repúblicas las más altas situaciones, creando empresas prósperas que redundan en beneficio de la colectividad. Si los emigrantes de otras razas le

El despertar español

= De El Sol, Madrid =



La Revolución en marcha

(Nosotros, Madrid.)

Por Maside

La pascua española

— Envío del autor —

Ya te has levantado rompiendo las lozas de tus cien sepulcros, ¡oh Madre augusta de la resurrección infinita!

Surges resplandeciente en un Abril de nuestro siglo, glorioso como aquel de la pascua nazarita, en el que Jesús, triunfante de la muerte y de la vida, surgió de la gruta definitiva, abatiendo la soporosa lápida de la materia, y rompiendo con su ímpetu de luz, contra los guijarros del monte de las Calaveras, las frentes de bronce de los sayones de la tradición.

Has bajado ya de la cruz en el que te inmolaron los Austrias, has roto el sueño largo en que con filtros de maleficio, te sumieron los Borbones. Has desatado las vendas del brocado en que te envolvieron los Pontífices, te has lavado los bálsamos de tumba con que ungieron tu cuerpo sacrosanto los escribas y los sacerdotes.

Y te muestras ahora impoluta y radiante, vestida apenas de pueblo, como el Hortelano Divino que contemplara la Rubia de Magdala en el huerto de Nicodemo, flotando como una visión celeste en la temblorosa alba pascual.

Y estás ¡oh Madre resurrecta! en el momento inefable de decir como el Rabí dijera: NOLLI ME TANGERE.

«No me toqueis», dices. Ya no gravita sobre mis sienes delicadas el peso torturador de la corona real. Ya no arrastro el manto de púrpura decrépita con sus pesadas bordaduras de castillos y leones. Vestida apenas de pueblo, ya no luzco más armiño que el de mi albo cuerpo modelado con carne de la más gloriosa historia, y saturado de democráticas esencias. Soy la España integral, soy la España vital, soy la España eternal».

Tus hijas del mundo que descubriste oyen tu voz profunda, ¡oh Madre oceánida!, y trémulas de fe esperan encontrarte en el camino de Emaus de la República, para partir contigo el dulce pan de la igualdad humana. Luego se congregarán ávidas en el cenáculo de las naciones para recibir sobre sus cabezas tu espíritu inmortal en las lenguas de fuego del Socialismo purificador.

Ya vienes, Madre. Vienes como el ángel de Ariel, vienes volando sobre los mares, serena, augusta y triunfante tras de hundido para siempre el tenebroso Calibán.

Después, ante nuestras almas absortas, ascenderás al sumo cielo de la gloria. Llegarás al INMORTAL SEGURO. Pero eternamente te quedarás con nosotros en cuerpo y en alma, bajo

(Pasa a la página 76)

superaron en la amplitud o en la intensidad de la irradiación, fué porque estaban sostenidos por sus Gobiernos. El español obraba por su cuenta y se debatía solo, dado que, en realidad, no existía la nación. Pero, a pesar de la desventaja, a pesar del aislamiento, se puede decir que en América, individualmente, ningún hombre hizo más.

Lo que ocurre en España es un fenómeno de desdoblamiento. La entidad se marchitó, pero los componentes permanecieron intactos. Enfermos de asfixia, los españoles recuperaron su vigor al cambiar de atmósfera. Y ello presenta estrecha similitud con lo que ocurre en nuestra América. Porque es el resultado de formas erróneas de vida y de falsas direcciones gubernamentales impuestas por un reducido grupo, abusivamente preeminente, al resto de la nación.

Por eso es que los sucesos actuales auguran victorias en la plataforma suprema en que los pueblos dan la medida de su poder creador. La proclamación

de la República implica la resurrección de Lázaro. Ya no es la España palaciega y abúlica de unos pocos; es la España auténtica, robusta, total; la resultante de la emancipación de un pueblo, no el fruto de la opresión de una familia. Y como nuestra América pudo apartarse del conglomerado político, pero nunca podrá alejarse, porque sería un suicidio, del ambiente espiritual de la madre patria, los vientos nuevos no han de tardar en atravesar el mar.

En el plano de la libertad, de la renovación, de la audacia constructora, se volverán a encontrar los fragmentos dispersos de la Hispania grande que ayer anemió y dispersó el instinto autocrático, la vanidad cortesana, el infecundo privilegio, cuanto fué hasta hoy obstáculo o azote para el desarrollo de cada núcleo. A los entusiasmos de una España que renace ha de responder el grito de una América ávida de acabar con los métodos primitivos de engreimiento y coerción personal. La analogía de las situaciones confirma el paralelismo de la Historia. Con nombres distintos, bajo otras fórmulas, las Repúblicas del Sur han padecido desventuras análogas. Su personalidad, su alma auténtica, su potencialidad colectiva sólo saldrá a la superficie cuando se liberten de los caudillos.

(Pasa a la página siguiente)